

113. San Francisco de Borja

Hoy presentamos en nuestro Programa a San Francisco de Borja, del que se ha dicho un poco poéticamente, pero con acierto, que Francisco de Borja es “grande” por cualquier costado que se le mire.

Por su linaje, hay en su familia coronas de Reyes, tiaras de Papas, mitras de Obispos, títulos de nobleza, heredados primero y ejercidos después por él con verdadera dignidad, desde Duque de Gandía hasta Virrey de Cataluña.

Es un cortesano envidiado, un esposo y padre de familia ejemplar, un cristiano hecho y derecho.

Después, religioso, sacerdote y predicador popular.

Amigo y consejero de reyes, conocido y admirado en vida por la más alta sociedad, igual que por el pueblo humilde.

Hombre de la Patria, que lo admira; hombre de la Iglesia, que lo contempla con orgullo santo.

Amigo personal e íntimo de San Ignacio de Loyola, Francisco acaba sus días mientras desempeña el cargo de General de la Compañía de Jesús.

San Francisco de Borja, grande por todos los costados, y, sin embargo, tan humilde, que se ha hecho famosa su firma: *Francisco, el pecador*. Aunque ese que se llama a sí mismo *pecador*, sea un enorme Santo, que llena de esplendores la Iglesia del siglo dieciséis.

Muy muchachito, el rey Carlos V, entonces el monarca más grande del mundo, lo lleva a su corte, donde Francisco, educado exquisitamente, se convierte en un estudiante aprovechado, artista, cantor, compositor de música, diestro en la caza y en el manejo de las armas. Es la estampa del joven más cabal y completo. Se piensa en su futuro, y le proponen y acepta casarse con la princesa portuguesa Leonor de Castro, que le va a dar ocho hijos primorosos.

Hasta aquí, los veintinueve primeros años de su vida. Pero en 1539, la corte española se viste de luto:

- *¡La reina Isabel ha muerto!* Y Carlos V, tan angustiado, llama a su servidor más fiel, Francisco de Borja: -*¿Aceptas llevar el cadáver de la Emperatriz desde Toledo hasta Granada? Te lo confío a ti.*

Al llegar a su destino la brillante comitiva, se abre el ataúd de plomo para certificar la autenticidad de los restos, y Francisco, que había admirado y querido tanto a aquella Reina tan bella y tan ejemplar, queda horrorizado: -*¿Ésta es la Reina? ¿En esto paran todas las grandezas humanas?...* Y formula un propósito decisivo, que se ha hecho famoso:

- *No he de servir más a señor que se me pueda morir.*

Sin embargo, sigue a las órdenes de Carlos V, como el siervo más fiel, pero siempre con la mirada en Dios. Hasta que viene otra propuesta, y muy gloriosa, del Rey: -*Francisco, Cataluña necesita un hombre como vos. ¿Aceptas ser el Virrey de Cataluña?...* Era el cargo más ambicionado, y en Barcelona gobierna Francisco con prudencia y con amor ejemplar a los ciudadanos. Francisco de Borja es un Grande de España a todo serlo. Pero Dios, por otros derroteros muy distintos, lo va a engrandecer mucho más todavía.

En 1543, el adiós definitivo a su esposa querida, que se va al Cielo dejándole los ocho hijos preciosos. Francisco marcha de Barcelona, abandona la corte, y se establece en su

ciudad natal de Gandía, en tierras de Valencia. Aquí, a darse a la formación de los hijos, a la oración intensa, a una vida consagrada del todo a su alma.

Conoce a los primeros Padres de la naciente Compañía de Jesús, y funda para ellos la Universidad de Gandía, donde él mismo va a ser un alumno brillante, hasta doctorarse en Teología.

Pero hay un secreto que nadie sabe. Ha empezado a cartearse con Ignacio de Loyola, y, sin haberse visto nunca, se compenetran íntimamente. Francisco quiere abandonar todo, una vez se haya solucionado el porvenir de los hijos, e Ignacio le ha aconsejado realizar los estudios para ordenarse un día de sacerdote.

Más aún, hace la profesión en la Compañía, pero sin entrar en ella aparentemente. Esto hubiera sido una noticia bomba, que hizo escribir a Ignacio la frase célebre: *“El mundo no tiene orejas para oír tal estampido”*.

Pero llegó el día en que se tenía que saber todo. En el Año Santo de 1550, las gentes le despiden alborozadas: *-¡Señor Duque, buen viaje! ¡Que pueda ganar bien el Jubileo en Roma!...*

¡El Jubileo! Era lo que el pueblo pensaba. La comitiva, desde Gandía hasta Roma, fue brillante. En todas las cortes se le recibía con los máximos honores. La recepción en Roma, empezando por el Papa, fue espectacular. Y ahora es cuando el mundo tuvo que cerrarse las orejas, al estallar el estampido: *-¡Francisco de Borja, el Duque de Gandía, ha entrado en la Compañía de Jesús!...*

Todo un alboroto en Roma durante tres meses, pues casi no creían la noticia.

Por consejo de Ignacio —y con rendida obediencia de Francisco, ya humilde religioso—, vuelve a España, es ordenado sacerdote, y se dedica a predicar y catequizar al pueblo. Las gentes lo veneran, y se dicen: *-¿Cómo es posible que haya dejado tanta dignidad, tanta riqueza, tanto bienestar, para hacerse un sacerdote tan pobre, tan humilde, tan desprendido de todo?...*

El Papa, a propuesta de los reyes Carlos V y después de Felipe II, pretende nombrarlo Cardenal. Francisco no lo quiere de ninguna manera. Y San Ignacio, menos todavía: *-¡No! Porque con su humildad y pobreza tan ejemplares, hace más bien en las almas que con todos los cargos y dignidades.*

Comisario de la Compañía en España, consejero de los Reyes, director de muchas almas selectas, Francisco es un oráculo del saber divino. Aunque pensaba tan bajamente de sí mismo, que pasa por uno de los Santos más humildes que ha tenido la Iglesia. Hasta que, muertos ya San Ignacio y su inmediato sucesor, es elegido General de la Compañía de Jesús. Morirá en el cargo, dejando un recuerdo imperecedero.

Francisco de Borja, grande por todos los costados que se le mire...